

Cela, un Nobel con buen apetito

La filosofía de Camilo José Cela ante los honestos gozos del paladar está presente en sus libros, en los que el propio autor, bajo capa de vagabundo, es protagonista.

Será difícil que en la nómina de escritores galardonados con el Premio Nobel de Literatura haya alguno que preste tanta atención en su obra al necesario mantenimiento corporal como Camilo José Cela, partidario de privarse de las menos cosas posibles.

La filosofía y actitud de Cela ante los honestos gozos del paladar y el estómago están presentes de una manera especial —la cantidad bien entendida empírica por uno mismo— en los libros en los que el propio autor, bajo capa de vagabundo, es protagonista: sus relatos de viajes.

En ellos le vemos comer y beber siempre que la ocasión es propicia. Y es de agradecer que haya tenido la generosidad de escribirlo después, que es demasiado larga la relación de escritores hispanos que, como si en este país la de llenar la andorra no hubiera sido una de las más permanentes y principales preocupaciones populares, jamás nos han contado qué comían, si comían, sus personajes.

Vale la pena ir a mirar a cuatro libros viajeros de don Camilo, escritos, o a lo menos andados, en tiempos difíciles y esquivos al harango, allá a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, en tierras tan diferentes y de comidas tan diversas como la Alcarria, la cornisa cantábrica, Andalucía y el Pirineo leiridano.

En todas ellas —en unas más y mejor, en otras menos y como se pudo— el vagabundo fue sacando sus tripas de apuros sin dejar escapar ninguna oportunidad.

El vagabundo, como tiene ocasión de explicar en "Primer viaje andaluz", entiende que la única causa noble para no comer es no tener qué comer, y en "Del Miño al Bidasoa" deja bien sentada su condición de omnívoro, al decir: "a mí, como gustarme, me gusta todo lo que engrasa el hígado o se convierte en calor para el bazo".

En cuanto al factor líquido, Cela, sin despreciar los aguardientes, cuya jerarquía tiene perfectamente establecida, es partidario del vino, ya que explica en "Viaje al Pirineo de Lérida" que no gusta de ir a comprar su bebida a la droguería.

Vino, pues, y a poder ser tinto, noble como la sangre de los animales, oloroso y antiguo como una medrosa historia familiar.

Con ocasión de inaugurar, en el coruñés Pazo de Maribán, un curso de la Universidad Menéndez Pelayo sobre escritores gallegos y gastronomía, don Camilo enumeró las cinco causas que incitan al traseo de vino: a saber: "la



Camilo J. Cela, buen gourmet.

llegada del amigo al que se quiere festejar; la sed del momento que se confía saciar; la sed futura que se pretende evitar; la bondad del vino que se aspira a ensalzar y cualquier otro motivo no previsto entre los anteriores".

El vagabundo, que a veces se llama a sí mismo viajero y, al pasar a Francia, huésped de la caridad, tiene arraigadas convicciones sobre estas cosas sólidas y líquidas, amén de una salud de hierro y un estómago ciertamente envidiable, prendas ambas que le deseanos mantenga cuarenta años después de echarse a escribir los caminos.

Datos sobre su capacidad estomacal tenemos ya en "Viaje a la Alcarria", el primero, más famoso y menos relevante gastronómicamente de los libros que recogen la andadura del vagabundo.

En Trillo, el viajero se sentó delante de su plato de huevos fritos con chorizo. Ese plato hizo que más tarde le preguntara —sin obtener respuesta— su amigo Martín si cuando come truchas toma siempre cinco.

No: lo normal, como veremos en sus andanzas pirenaicas, es que se desayune con tres huevos fritos, en unos casos con tocino, en otros con patatas o chorizo, pero con acompañamiento tan frío como los huevos.

Otra hazaña interesante, en "Pobla de Segur", es el viaje leiridano: el vagabundo, que barruntó que almorraba de gorra, rindió el tenedor cuando iba por la trucha veinticinco, y explica que lo hizo por no abusar.

En cualquier caso, "Viaje al Pirineo de Lérida" es viaje truchero: salen mu-

chas truchas, preparadas de muy sabias y gratificantes maneras, incluso de las más sencillas, como acontece con dos pescadas a mano por el vagabundo: asó una trucha a fuego lento de hierbas aromáticas y, después de habérsela zampado chapando y rechupando delectosamente las espaldas, se comió la otra de postre, cruda y como si fuera una manzana. El pescado crudo, si está fresquísimo, es una pura delicia del gusto.

En algo es Cela, o lo era por entonces, intransigente, y es con la forma de cortar y comer el jamón, que le gusta una barbaridad. Para él, debe comerse cortado como Dios manda: a la andalza, en gruesos dados y jamás en lonchas, ni aun hechas con cuchillo, que le capan el gusto...

Insiste en que comer el jamón en lonchas muy finas y casi transparentes le parece una herejía. Despotrica contra la máquina de cortar jamón, el enemigo mortal del jamón y el más desconsiderado castrador de sus virtudes, y sentencia: "el vagabundo cree que el jamón debe cortarse con cuchillo y comerse en tacos gordos, que quepan en la boca pero que tampoco dejen demasiada boca vacía".

Firmes convicciones de don Camilo, con las que uno no está de acuerdo para nada, pero que ahí quedan.

El andaluz es, gastronómicamente, el más didáctico de los libros de vagabundo. Incluye una receta muy bien contada, además de muy ortodoxa y de mucho fundamento, de los huevos a la flamenca, y otras de diversos platos andaluces.

Don Camilo —uno tiene para sí que si un señor que es Nobel de Literatura no se merece el tratamiento de don no se lo merece casi nadie, mientras comprueba, un tanto atónito, cómo estos días, en televisión, cualquier pelamangos no para de hablar de Camilo por aquí y Camilo por allá, como si fuera compañero de escuela o mili de don Camilo— cuidó su paladar y su estómago en sus vagabundeos por la piel de toro.

Hizo bien, y mejor todavía contándolo en sus libros, que la descripción de tan gozosas ocasiones de llenar la andorra añade otro atractivo a los propios de la espléndida prosa castellana de Cela, un Premio Nobel de Literatura que hubiera podido ser también distinguido, si la Academia sueca entendiera de esto, con el de Gastronomía, entre otros igualmente merecidos que aquí no hacen al caso.

Cela, un Nobel con buen apetito [artículo] Caius Apicius.

Libros y documentos

AUTORÍA

Caius Apicius

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cela, un Nobel con buen apetito [artículo] Caius Apicius.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa